
Alvaro Matute*

Notas sobre la investigación
HISTORICA EN MEXICO

Hace diez años, en 1979, en un texto que me solicitó El Colegio de México acerca de la historiografía mexicana contemporánea, concluía de manera optimista que gracias a que la investigación se llevaba a cabo en instituciones creadas ex-profeso para la docencia superior y la elaboración de obras historiográficas, el medio mexicano tenía ya más o menos cuarenta años de profesionalización al respecto y se le presentaba un futuro promisorio. Acaso pequé de ingenuidad en virtud de que en el sexenio de Luis Echeverría hubo generosas derramas de presupuestos en favor de la investigación histórica, lo cual permitió que muchos recién egresados de las licenciaturas en la materia se iniciaran en la pesquisa documental y no en el tradicional campo de la docencia a nivel medio, que era el destino de más del 90 por ciento de los que habían cursado la carrera de Historia. Posteriormente, la “administración de la riqueza” Lópezportillista continuó fomentando mi ingenuo optimismo. En contraste, para hoy, el historiador inglés Lawrence Stone se felicita de haber sido testigo de importantes cambios en la historiografía a lo largo de su carrera, más o menos desde los años sesenta, y que esos cambios permanecerán congelados por lo menos en lo poco que resta del siglo, ya que se presenta difícil el ingreso de nuevos elementos a la academia y esos nuevos elementos, los jóvenes, son los promotores del cambio. Lo que preconiza

* Agradezco las opiniones, observaciones y colaboración de mi esposa, Evelia Trejo, profesora de Historiografía Contemporánea de México, presentes como ella, en este trabajo.

** Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Stone para Inglaterra y Europa en general, es válido también, y mucho, para nuestro pecario medio. Además de ello hay otros agravantes.

Dos años después de mi texto, Enrique Florescano, en una ponencia presentada en un congreso en Chicago, cuestionaba a las instituciones. Con base en algunas ideas de Michel de Certeau, el autor de *Memoria mexicana* ponía en tela de juicio el hecho de que el oficio de historiar se desempeñara con plenitud a partir de los lugares que permiten el desempeño profesional de la investigación histórica. Veamos el sí y el no.

Antes de 1940, quien escribía e investigaba historia lo hacía porque tenía una vocación a toda prueba y medios a su alcance. Más de una vez he utilizado el ejemplo del historiador Luis Chávez Orozco, quien al amparo de la Secretaría de Guerra y Marina escribió, historia militar, en Relaciones Exteriores, historia diplomática y en la de Economía, historia económica. El caso es claro: se puede vivir haciendo historia, pero haciendo la historia que quiere el patrón. Esto sucedía al final de los veinte y en la primera mitad de los treinta. Es historia pre-contemporánea. En la misma década, don Genaro Estrada quiso fundar un Instituto de Investigaciones Históricas, semejante al que funcionaba en Madrid y que él conocía bien, para que el historiador se expresara con mayor libertad y sin imposiciones temáticas. No le duró la vida a don Genaro para emprenderlo, pero la semilla estaba sembrada. Entre 1939 y 1945 se fundaron las principales instituciones y, desde ellas, la mayor parte de la historiografía mexicana contemporánea ha sido producida.

El contraste con los años anteriores es drástico. Si examinamos el pasado de nuestra historiografía la encontramos empatada entre la politización y el anticuarianismo. Durante todo el siglo XIX y los primeros años del XX, los historiadores tomaron la pluma para seguir peleando después de las batallas o para rememorar las delicias provincianas. Una mitad de nuestra historiografía se refiere a los acontecimientos inmediatos; es comprometida, parcial, rica en planteamientos, ideológica, punzante y a veces demagógica. La otra es plácida, erudita, de temática monográfica y anecdótica. Esta segunda se produjo en términos generales en provincia. Ejemplifican la primera los Alamán, Zavala, Mora; y la segunda, los González Obregón, Valle Arizpe, Marmolejo. Hay casos difíciles de catalogar en primera instancia, como los eruditos al estilo de García Icazbalceta, anticuario, Riva Palacio, romántico y fundador del oficialismo, Bulnes, crítico y positivista, pero finalmente se les puede ubicar en una u otra casilla. A partir de la Revolución Mexicana, he caracterizado la producción historiográfica como pragmática política y tradicionalista empírica. Estas dos tendencias fueron superadas por la historiografía académica institucionalizada cuyos productos pueden tener dentro de sí algo de pragmatismo político —o mucho— y algo de tradicionalismo. La

diferencia cualitativa importante de la nueva historiografía académica es precisamente su academicismo, es decir, su rigor documental, su apoyo en doctrinas o teorías de la historia, su cotejo con lo que se produce en otros medios académicos internacionales.

Sin embargo, retomando el argumento de Florescano, la institucionalización académica puede esterilizar al historiador o manipular sus productos en beneficio de compromisos ubicados más allá del alcance del académico o sumirlo en el ostracismo a través de los apoyos —o más bien falta de ellos— para la investigación. El problema mexicano, sin embargo, adquiere matices distintivos con respecto a los internacionales y es la presencia del Estado.

La investigación histórica ha sido patrocinada por el Estado, ya sea de manera directa o indirecta a través del sustento a las instituciones: UNAM, COLMEX, INAH, etc.

Fuera del encomiable ejemplo del Centro de Estudios Históricos de Condumex, que más que a la investigación se dedica a la custodia y cuidado de materiales, no ha habido dinero privado para el fomento de nuestros menesteres. Todo, pues, deviene del ogro filantrópico, nos guste o no. Venturosamente, la intermediación entre él y el investigador a través de las instituciones, permite que éstos hagan su oficio con libertad y sin estar mediatizados. Sin embargo, la precaria situación en general en la que nos movemos, hace que el Estado nos distraiga y nos lleve a quedar bien con lo que podemos considerar el mayor peligro del trabajo histórico —mea culpa—, que es la conmemoración, la Clfo de Bronce, como la llama el maestro González. El gancho es que ahí podemos obtener un complemento económico que nos permita acrecentar nuestros ingresos y caemos en la distracción de proyectos principales en beneficio del aniversario. Quedan bien las agencias gubernamentales al jalarnos a los académicos y no encargar las loas a los oportunistas de última hora, que no ofrecen calidad, y nosotros perdemos el tiempo en prólogos, selecciones documentales y trabajos que si bien no hacen daño, tampoco nos llevan a las alturas. Es en esto en lo que el remedio llamado Sistema Nacional de Investigadores puede rendir algún fruto. No me atrevo a opinar, dado que ya he pecado bastante de optimismo.

Y ahora sí, al punto de partida. Cuando el Estado manifiesta a través del gobierno que ya no tiene con qué, el panorama a los que se inician en el trabajo de la investigación histórica se les pinta de negro. No se ha detenido el ingreso de jóvenes al mundo académico, pero es un secreto a voces que cuando hay vacantes por defunción o jubilación, las plazas no se cubren y la academia no sólo no aumenta sino que se restringe. Diario lo vivimos.

Sin embargo, es necesario hacer un paréntesis importante para el caso

mexicano. En el decenio que en este año concluye ha sucedido algo muy importante en nuestro país. Muchos Estados de la República han abierto y/o modernizado espacios para la investigación histórica. El ejemplo más laudable es el Colegio de Michoacán, cuyos frutos están ahí, ya con una buena producción bibliográfica, con una revista periódica que sobrepasa la treintena de números y con lo que el abuso del lenguaje ha devaluado, pero que en ese caso sí se puede decir: con excelencia académica. El COLMICH tuvo la suerte de tener a un michoacano ejemplar como primer motor y además la madurez de aceptar a un “guacho” como sucesor en aras de que la calidad siga adelante. El mismo Michoacán señala rutas con el Centro Lázaro Cárdenas de la Revolución Mexicana, de Jiquilpan, y el Instituto dependiente de la Universidad Nicolaíta. Otros estados marcan pautas a seguir: Nuevo León y el grupo que investiga la historia económica regional del siglo XIX, con una magnífica revista especializada; Jalisco, en cuya Universidad se ha modernizado el trabajo socio-histórico; Puebla, que ha contado con presencias reformadoras; la lejana Sonora, donde tanto el Colegio como el Centro Regional del INAH trabajan con rigor. Chiapas comienza a despertar y desde hace casi un lustro impulsa trabajos nuevos; Baja California Norte, y desde luego Veracruz, que cuenta con un equipo humano de una solidez envidiable. Sé que incurriré en omisiones que espero no sean tomadas a mal, lo que quiero enfatizar es que Stone tiene razón, los jóvenes son factores de cambio y renovación y que un grupo extenso de estos ha renovado los estudios históricos en provincia, de manera ejemplar y sin precedentes. Se ha roto en los ochentas el estigma del provinciano tradicionalista, anecdótico, erudito hasta las cachas, ajeno a sofisticaciones metodológicas. En esta década la provincia ha producido una nueva historiografía contemporánea, rigurosa y con altos índices de calidad. Los vejámenes al historiador provinciano que desarrolló don Luis González en los setentas tuvieron respuesta. Ahora lo que hace falta es que exista garantía de constancia y que las instituciones asuman sus responsabilidades y, más que ellas, que los gobiernos estatales y federal no dejen de sostenerlas y desarrollarlas. Si se quiere descentralización, ese sí es un buen camino.

No todo es mil sobre hojuelas. ¿Quién es el héroe capaz de conseguir una revista potosina, un libro tapatío o veracruzano? Y desde allá ¿qué sonoreense puede adquirir libros de la UNAM o del INAH, qué yucateco puede tener un ejemplar de *Historia Mexicana*, para también sonarle a la pésima distribución del libro académico capitalino? Hay una institución que ha incrementado su membresía y que ha realizado esfuerzos notables, pero todavía no suficientes. Me refiero al Comité Mexicano de Ciencias Históricas, filial mexicano del Comité Internacional de Ciencias Históricas, que agrupa a las instituciones capitalinas y provincianas y elabo-

ra directorios de historiadores. Asimismo, ha organizado congresos y ha contribuido de manera notable en darle vida a las relaciones entre los historiadores mexicanos. Pero no ha insistido lo suficiente para que la distribución de los productos de los investigadores mexicanos lleguen a las manos de los colegas de todo el país.

El otro aspecto institucional que es necesario destacar es el relativo a la docencia superior. La historia se enseña a nivel profesional o de licenciatura en poco menos de la mitad de las entidades federativas de México, aunque tal vez con eso sea más que suficiente. Lo es, no porque no hagan falta historiadores en todas las capitales de los estados y en las ciudades que no tengan ese rango, sino porque las esperanzas de ejercicio profesional son cada vez menores. De otro modo, sí sería deseable que hubiera quién hurgara en los archivos de todas partes, quién impulsara el saber de lo que pasó en todos lados y quién enseñara la historia regional dentro de la nacional y ésta dentro de la universal.

El posgrado está mucho más restringido, pero afortunadamente no se constriñe a la capital de la República. Existen dos tipos de centros de enseñanza superior: los que llamaré abiertos y los que, por contraposición, llamaré cerrados. Son éstos los que, como por ejemplo el Colegio de México, sólo admiten estudiantes becados, de tiempo completo, dedicados en cuerpo y alma a su asunto; los primeros, en cambio, son libérrimos en su admisión, quienes concurren pueden ganarse la vida en una institución *ad hoc* y necesitan obtener un grado para que las comisiones dictaminadoras respectivas le otorguen el esperado ascenso, o bien son simples personas interesadas en la historia que quieren saber más, o licenciados en la misma que tratan de obtener con el grado mejor trabajo y dejar de dar treinta horas de clase en las prepas. No tengo objeción contra nadie, excepto aquélla que externara en 1914 don Pedro Henríquez Ureña contra los *dilletanti* que se acercaban a la Escuela de Altos Estudios a tomar clase al lado de los verdaderamente vocados para las humanidades. De *dilletanti* ha estado llena mi Facultad, sólo que ahora ya no vemos damas elegantemente ataviadas en las clases de los sucesores de los desaparecidos maestros De la Maza y Fernández, sino de plano en las maestrías —aunque acaso ya ni tan bien ataviadas—, porque eso viste ahora mejor que sus propios hábitos.

El caso es que eso ocasiona desniveles académicos, ya que las maestrías y los doctorados son espacios de enseñanza superior para que la gente se ejercite en la investigación histórica. Los cursos de extensión o educación continua son otra cosa que no se debe confundir. Lo mismo los diplomados. El posgrado debe ser más puro y riguroso. Debe propender a eliminar el rollismo y procurar la superación académica. Esto es difícil en los sistemas más abiertos porque no rinde igual un estudiante

de tiempo completo que aquél que sólo dispone de unos ratos a la semana para leer y no puede acudir a archivos o bibliotecas dependiendo de las fotocopias de materiales secundarios. Eso nos devalúa. Pero insisto en que la falla no es de los estudiantes, siempre bienvenidos, porque algo aprenden, sino del sistema que no los protege con becas bien remuneradas para el estudio serio. De nada valen cambios de programas ni medidas vagas que no se centren en ese problema.

La última pregunta es si seguirá habiendo estudiantes de posgrado cuando aumenta la cerrazón de espacios y la sustitución de elementos se restringe. Sólo podrán hacerlo aquellos que tengan con qué mantener su ocio y lo utilicen de esta manera.

No podría en este breve lapso hacer un recuento de la producción historiográfica reciente, digamos que los últimos cinco años. Tendré que optar de nuevo por la selectividad. Tomar algunas muestras de lo más destacado de la producción. Los historiadores de las generaciones *sénior* han dado muestra de su alto dominio del oficio y nos han dado libros de alta calidad: Edmundo O'Gorman, "Destierro de sombras"; Silvio Zavala, "El servicio personal de los indios en la Nueva España"; Carlos Bosch, "Documentos de la relación de México con los Estados Unidos"; Moisés González Navarro, "La pobreza en México"; Luis González, "El oficio de historiar". Cada uno de esos títulos revela amplísima relación de cada autor con sus temas. Todos esos títulos son muestras de plenitud.

Si se toma otro muestrario de la generación entre madura y joven, tenemos: "Comunidades indígenas frente a la ciudad de México" de Andrés Lira; "Los pueblos de la Sierra", de Bernardo García Martínez; "Conquista y aculturación en la California jesuítica", de Ignacio del Río; "El Constituyente de 1842", de Cecilia Noriega, y "La conspiración monárquica en México", de Miguel Soto. En los cinco hay rigor, conocimiento de la época, una idea rectora sustentante, erudición en el manejo de fuentes. Pero además de eso, una característica común: Todos los libros sirvieron como tesis de grado, tanto en México como en el extranjero: Nueva York, Harvard, UNAM, El Colegio de México y Texas. Detrás de todos esos libros hubo dedicación y tiempo invertido, factores básicos para una buena obra. Como estos cinco hay otros. Insisto en aquello de la selectividad, para que no se sientan los omitidos.

Hay también obras de otras índoles. Por ejemplo, comienzan a proliferar los libros colectivos en torno a un asunto común o a una temática de fondo, ejemplificada con estudios breves de caso. Son citables, por ejemplo, el libro coordinado por Sergio Ortega Noriega sobre mentalidades en la colonia, el de Marichal sobre la banca, el de Cerutti sobre economía regional en el siglo XIX. Este tipo de texto nos pone en la pista de las publicaciones periódicas, que venturosamente son muchas. Since-

ramente no sé cuántas, con el agravante de que acabo de ser miembro del jurado que otorgó el Premio 1987 al mejor artículo y la mejor reseña especializados en historia. Puedo, eso sí, mencionar a la casi cuarentona *Historia Mexicana*; a la tríada del Instituto de Investigaciones Históricas: *Estudios de Cultura Náhuatl*, de *Historia Novohispana* y de *Historia Moderna y Contemporánea de México*; así como el Boletín *Historias*; *El siglo XIX*, de Monterrey; *Relaciones*, del COLMICH; *Secuencia*, del Mora; *Mexican Studies*, de UC Mexus, lo que implica a la UNAM; la *Mexicana de Sociología*, que abre espacio a la historia; *Historias*, del INAH; *Cuicuilco*; *Papeles de la Casa Chata*; *Tzintzun*, de la Nicolaíta; el anuario de las Jornadas, del Centro de Jiquilpan; y muchas más de provincia, que desgraciadamente no se nos hacen del todo presentes. Aquí cabe comentar que las publicaciones siguen siendo una de las máximas justificaciones institucionales, a pesar de la elevación constante de los costos del papel y las tintas. Se sigue publicando, tal vez no tanto como en los setentas, pero mucho. La crisis se refleja más en lo laboral que en la imprenta.

La comunicación con las mayorías no es muy frecuente, pero en los últimos cinco años, gracias en mucho al 75 aniversario de la Revolución, tuvo la publicación de obras de tiraje amplio y que obtuvieron respuesta del público: la colectiva *Así fue la Revolución Mexicana*, coordinada por Javier Garciadiego, y en la que gente que sabe mucho de su parcela, escribió un poco acerca de ella; la otra es la serie de Biografías del poder, a cargo del controvertido Enrique Krauze, quien con prosa atractiva y muchas fotos presentó a ocho personajes del siglo XX.

Hasta aquí las presencias. Especulemos ahora un poco acerca de otras y de algunas ausencias.

En globo, y si tomamos como base la *Bibliografía histórica mexicana*, podemos afirmar que la historia más socorrida es la colonial. La Revolución tuvo muchos frequentadores, acaso por el aniversario, acaso por la politización nunca ausente de la historiografía. Gracias a ella, muchos cultivadores han comprendido que de los sucesos de 1910 a veces —o siempre— es preciso remontarse a diferentes alturas del siglo XIX. En otros casos, y aquí una ausencia notable, los amigos de Clío no se vienen más acá de 1940. Hace mucha falta que el historiador y no sólo el politólogo, el economista o el sociólogo, intente llenar los huecos entre el cardenismo histórico y el actual. Siento disminuido el cultivo de la historia prehispánica con respecto a décadas o lustros anteriores, pero no estoy muy seguro ya que es un campo que me resulta ajeno.

Desde luego, la ausencia mayor de los historiadores mexicanos es el tratamiento de temas ajenos a nuestras fronteras. Algunos se han aventurado con pie seguro en la historia española, otros en la asiática —como

Flora Botton con China— y aunque hay interesados en la norteamericana, las autoridades universitarias recientes optaron por aplazarla. Sabemos que es difícil trabajar asuntos externos, pero es muy deseable tener la esperanza de que antes que concluya el siglo los historiadores provincianos hagan historia nacional y que los historiadores nacionales hagan historia mundial.

Por último, señalaremos ausencias y presencias temáticas. Creo que en los últimos años la historia más avanzada y desarrollada ha sido la regional, lo cual se desprende del avance institucional reseñado al principio. Aunque en escala pequeña, pero con gran rigor, la de las mentalidades se puede hablar de tú con la que se hace en otros lados. La política ha abandonado tradicionalismos para renovarse metodológicamente. La lucha por la historia económica que daban historiadores como Florescano al final de los años sesenta, ha sido ganada y se cultiva ampliamente y con rigor. También son poquísimos los demográficos, pero ahí están. Dentro de la historia del arte, se ha avanzado en la del cine, aunque la del teatro como arte escénica y no sólo como literaria, no ha progresado. La de las relaciones internacionales se practica poco, pero avanza. La religiosa ha encontrado dos excelentes cultivadores: Ceballos para los católicos y Bastian para los protestantes, en lo referente al siglo XX. Los anteriores cuentan con buenos trabajadores. Por lo que toca a historias generales, nos conformamos por lo pronto, y creo que de aquí a fin de siglo, con las que se escribieron durante los años setenta.

Para cerrar, quiero decir que el de la historia es un campo abierto. En cuanto a la entrega que hay y de la que soy testigo, no puedo renunciar a mi optimismo. Espero que la torpeza presupuestal no corte vocaciones ni suspenda el ejercicio de una práctica fundamental para todas las comunidades, como es la de sustentar su memoria.